

## Sentido de pertenencia en la juventud latinoamericana: identidades que se van y expectativas que se proyectan

### Resumen:

En este artículo se examinan los cambios en el sentido de pertenencia de los jóvenes latinoamericanos en la actualidad, bajo el supuesto de que tal sentido es una dimensión subjetiva de la cohesión social. Para ello se desarrolla una aproximación empírica que utiliza información del Latinobarómetro, única encuesta de opinión de la población latinoamericana para todos los países. Se entiende aquí que el sentido de pertenencia es un fenómeno complejo que abarca diferentes aspectos, y aquí se abordan dos de ellos: las identidades clásicas y las expectativas de futuro. En una primera parte se examina el debilitamiento en los jóvenes de tres fuentes identitarias clásicas, a través de las cuales se ha elaborado históricamente el sentido de pertenencia: la identidad nacional, la identidad política y la identidad religiosa. En una segunda parte se analizan las expectativas de futuro de los jóvenes, las que mantienen su vigor a pesar de las dificultades que caracterizan la situación “objetiva” de la juventud en la actualidad. Este recorrido sugiere que el sentido de pertenencia de los jóvenes está más enraizado en el futuro que en el arraigo en la tradición.

### *Palabras clave:*

juventud, sentido de pertenencia, identidades, expectativas de futuro

### Abstract:

This paper examines the changes in the sense of belonging of the Latin American youth, understanding that the sense of belonging refers to the subjective dimension of social cohesion. The paper takes an empirical approach, using the information of the Latinobarómetro, the only opinion survey applied in almost all Latin American countries. The sense of belonging of youth is a

multidimensional issue which comprises different aspects, of which two will be considered here: classical identities and future expectations. The first part of the paper examines the weakening –among youngsters– of three classical identity sources through which the sense of belonging has been historically elaborated: national identity, political identity and religious identity. In the second part the future expectations of the youth are examined. It is argued the sense of belonging of the youth is embedded in future expectations rather than in tradition.

*Key words:*

youth, sense of belonging, identities, future expectations

## Sentido de pertenencia en la juventud latinoamericana: identidades que se van y expectativas que se proyectan

### 1. Cuestión de concepto, cuestión de método

El propósito central de este artículo es examinar los *cambios del sentido de pertenencia de los jóvenes latinoamericanos en la actualidad*. Entiendo el sentido de pertenencia como el grado de vinculación e identificación que manifiestan los jóvenes con la sociedad (concebida en primer término como el Estado-nación) y con las instituciones y grupos que la conforman (CEPAL, 2007a). La pertenencia es fundamental para la cooperación social, para que las sociedades puedan afrontar las tendencias a la fragmentación, y para afianzar la inclusión y cohesión sociales. Más aún, el sentido de pertenencia “incluye todas aquellas expresiones psicosociales y culturales que dan cuenta de los grados de vinculación e identificación ciudadana con respecto tanto a la sociedad mayor

como a los grupos que la integran, elementos que constituyen el adhesivo básico que permite a la sociedad permanecer junta y que, al mismo tiempo, inciden en las reacciones de los actores frente a las modalidades específicas en que actúan los diferentes mecanismos de inclusión-exclusión” (CEPAL, 2007b, pp. 28-29).

Además, el sentido de pertenencia es una *dimensión subjetiva* de la cohesión social. Está constituido como un conjunto de percepciones, valoraciones y disposiciones. Remite de forma central al tema de las identidades —de la comunidad de pertenencia y de las identificaciones posibles— “que permiten a la sociedad permanecer junta” y a los grupos sociales reaccionar frente a los mecanismos de exclusión. En consecuencia, la pregunta por el “nosotros” es clave a esta temática.

El sentido de pertenencia de los jóvenes es un fenómeno complejo que está constituido

por diferentes dimensiones. Entre ellas: las identidades, que remiten a las identificaciones posibles con respecto a la sociedad como a los grupos que la integran; la participación, que es clave para que los jóvenes pueden expresarse o reaccionar ante, por ejemplo, los mecanismos de exclusión social; la comunicación, que ha pasado a ser central en la configuración de la subjetividad juvenil y en la creación de nuevos sentidos de pertenencia desligados del territorio; la discriminación, que incide negativamente en la cohesión social; y las expectativas de futuro, que están mediadas por la percepción de la estructura social.

Este texto se centra específicamente en dos de estas dimensiones: las identidades clásicas y las expectativas de futuro. En la primera parte se examina el debilitamiento de las identidades clásicas; en la segunda la confianza en el futuro. Este recorrido sugiere que el sentido de pertenencia de los jóvenes está más enraizado en la confianza en el futuro que en el arraigo en la tradición.

La fuente de información a utilizar para destacar estas tendencias es el Latinobarómetro, única encuesta de opinión de la población latinoamericana que, además de abarcar un amplio espectro de temas —economía, política, democracia, instituciones, entre otros— provee antecedentes comparables entre países, y tiene una periodicidad anual. Con un cuestionario único adaptado a cada país, se entrevista a alrededor de dieciocho mil personas en

muestras representativas de algo más de mil individuos. En la mayoría de los países se utilizan muestras representativas de la población mayor de dieciocho años, lo cual impide que se considere a los adolescentes. Además, no da cuenta de brechas de ingreso y rural-urbanas. Sin embargo, tiene la ventaja de que se aplica en dieciocho países de la región, lo que permite el análisis comparativo; aporta información actualizada (utilizaremos principalmente la ronda de 2007); tiene series de tiempo, lo que permite el análisis de tendencias; y permite comparar jóvenes y adultos.

## 2. El debilitamiento de las identidades clásicas

En esta sección se abordan las percepciones que los jóvenes tienen de los referentes identitarios clásicos de la modernidad, que han sido las fuentes tradicionales para la elaboración del sentido de pertenencia a la sociedad. En particular, se consideran las percepciones que los jóvenes tienen de tres de estas fuentes clásicas: la identidad nacional, las identidades políticas y las identidades religiosas.

El sentido de pertenencia ha estado vinculado históricamente a ciertas identidades clásicas del mundo moderno que mantuvieron un “monopolio simbólico” hasta aproximadamente dos décadas atrás; la caída del Muro de Berlín es el momento en que este monopolio

simbólico comienza a dismantelarse. La construcción de la *identidad nacional* es paradigmático de un modelo histórico de construcción de identidad de carácter homogenizador, vertical y centralista.

“La nación es un arco de solidaridades, una construcción política e ideacional que postula la existencia de un ‘nosotros’ que entraña un reclamo de lealtad por encima y más allá de otras identidades e intereses y que, si ya no la tiene, frecuentemente busca asentarse o definirse en un territorio delimitado por el Estado” (O’Donnell, 2004, p. 165). Ese “nosotros” es la comunidad nacional que comparte una historia común y se organiza sobre un territorio. Para las elites latinoamericanas del siglo xix y gran parte del xx, la construcción de los Estados nacionales era sinónimo de integración de la población a la nación, esto es, a un marco institucional y a unos códigos comunes (Iaies y Delich, 2007).

La educación ocupaba un rol central en esta estrategia. Ella debía transmitir a los alumnos un fuerte sentimiento de pertenencia a la nación, por encima de filiaciones e identidades particulares. La escolarización masiva, que concentró buena parte del esfuerzo público en educación a lo largo del siglo xx, consiste en la expansión de las coberturas, primero en primaria y hacia fines del siglo, en secundaria; la socialización en los valores de la vida urbana y la transmisión de saberes mínimos para la integración social y laboral. Como se ha señalado,

“la lengua escrita, el cálculo y los saberes vinculados a la historia y la geografía nacionales, fueron los principales componentes de estos diseños. Sobre todo, dichos saberes eran los únicos admitidos y se impartían por encima de todo contexto cultural; es por esto que garantizaban, efectivamente, que en todas las escuelas y todas las aulas del país, todos los niños hicieran lo mismo” (Iaies y Delich, 2007, p. 15).

En una comparación de los currículos oficiales, desde la perspectiva de la formación sobre la sociedad y la ciudadanía, Cox ha señalado que, históricamente, el referente crucial para la construcción de la comunidad respecto a la cual niños y jóvenes son educados para que sientan como propia es la nación. Sin embargo, “los currículos de los noventa en Latinoamérica se ubican claramente en otra perspectiva respecto a la nación, el Estado y el patriotismo. Llama la atención cuán tenue es la presencia de la nación como referente de lo colectivo. Y cuán problemática es esta ausencia, porque si no hay una construcción cultural de la nación en el sistema escolar, en su sentido más profundo de comunidad de origen y destino, se está ante el riesgo de tendencias disgregadoras de lo común, fuertemente presentes tanto en la lógica del mercado como en el clima cultural valorizador de la diversidad” (Cox, 2008, p. 32).

¿Qué ocurre, entonces, con los jóvenes actualmente en relación con el sentido de pertenencia a la nación? El Latinobarómetro incluye algunos indicadores sobre este asunto<sup>1</sup>. Uno

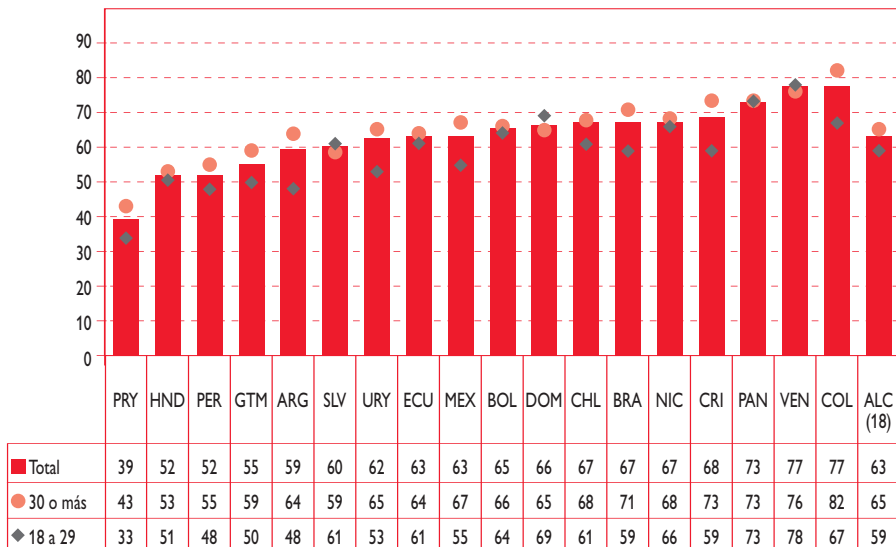
de ellos es la “proporción de personas que dice que (su país) es mejor que los otros países” que recoge la *valoración del país* en términos comparativos<sup>2</sup>. En primer lugar, se observa (gráfico 1) que el promedio de jóvenes latinoamericanos que dice estar de acuerdo que su país “es mejor que los otros países” es del 63% como promedio para América Latina<sup>3</sup>. Si bien esta proporción se mantiene alta en la actualidad, lo que puede estar condicionado por el carácter de la pregunta, lo relevante es que *el sentido de nación está menos arraigado entre los jóvenes que en los adultos*. Al respecto, destaca que la distancia que separa a jóvenes y

adultos en la valoración de lo nacional es mayor en los grandes países latinoamericanos: Argentina, México y Brasil. El sentido de lo nacional también tiene menor arraigo en los jóvenes colombianos, costarricenses, chilenos, uruguayos, guatemaltecos, peruanos y paraguayos. Por cierto, todavía hay países latinoamericanos en que la edad no discrimina en la valoración de lo nacional. Pero la tendencia es que este sentido tiende a debilitarse con las nuevas generaciones.

Otro indicador de sentido de pertenencia a la nación es “igualdad de trato que hay (en el país) me llena de orgullo”. Este indicador reco-

Gráfico 1

Opiniones sobre el país y la nacionalidad, 2007 (% Muy de Acuerdo/De Acuerdo)  
“En general mi país es mejor que los otros países”



Fuente: CEPAL. Tabulaciones especiales Latinobarómetro 2006.

Notas: a) Excluidos NS/NR. b) Totales incluyen sólo personas mayores de 18 años.

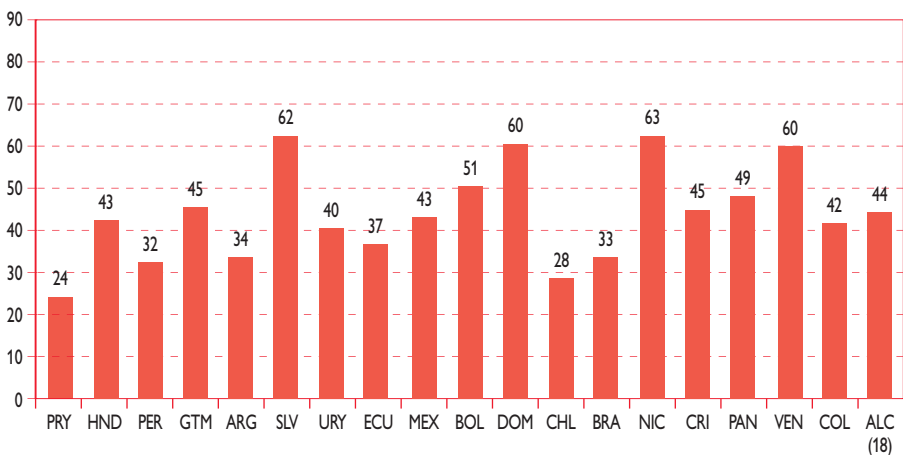
ge la valoración del país, pero esta vez en relación al tema de la igualdad en las relaciones sociales. Lo relevante aquí (gráfico 2) es que *la proporción de jóvenes que se siente orgullosa de su país en relación a la igualdad de trato es baja*. El promedio para América Latina es del 44% comparado con el 63 % de jóvenes que están de acuerdo con la afirmación “en general mi país es mejor que los otros países”. La proporción de jóvenes que se siente orgullosa de su país en relación a la igualdad de trato tiene una baja significativa en varios países latinoamericanos. Por ejemplo, mientras un 33% de los jóvenes paraguayos está de acuerdo con la afirmación “en general mi país es mejor que los otros países”, un 24% está de acuerdo con la

afirmación de que la “igualdad de trato que hay en (país) me llena de orgullo”. En Chile la proporción disminuye del 61% al 28%; en Brasil del 59% al 33%; en Argentina del 48% al 34%; y en Colombia del 67% al 42%.

Se puede afirmar, entonces, que si bien el sentido de pertenencia está menos arraigado en los jóvenes que en los adultos, lo que indica una tendencia a que está perdiendo su centralidad, sin embargo *este no ha desaparecido*. En una proporción importante los jóvenes de los distintos países aún se sienten parte de esa “comunidad imaginada” que es la nación, si bien no se sienten particularmente orgullosos sobre el tema de la igualdad<sup>4</sup>. Ello es una clara manifestación de lo que se ha denominado “el

Gráfico 2

Jóvenes de 18-29 años, 2007 (% Muy de Acuerdo/De Acuerdo)  
 “Igualdad de trato que hay en el país me llena de orgullo”



Fuente: CEPAL. Tabulaciones especiales Latinobarómetro 2006.

Notas: Excluidos NS/NR.

déficit simbólico de la política”. Pero además, es una señal del debilitamiento del “nosotros”. Como se ha señalado: “Las referencias comunes que daban forma a la sociedad, es decir, a sus marcos simbólicos de referencia y comprensión, sin haberse disuelto por completo, han dejado de ser estables” (Quevedo, 2008).

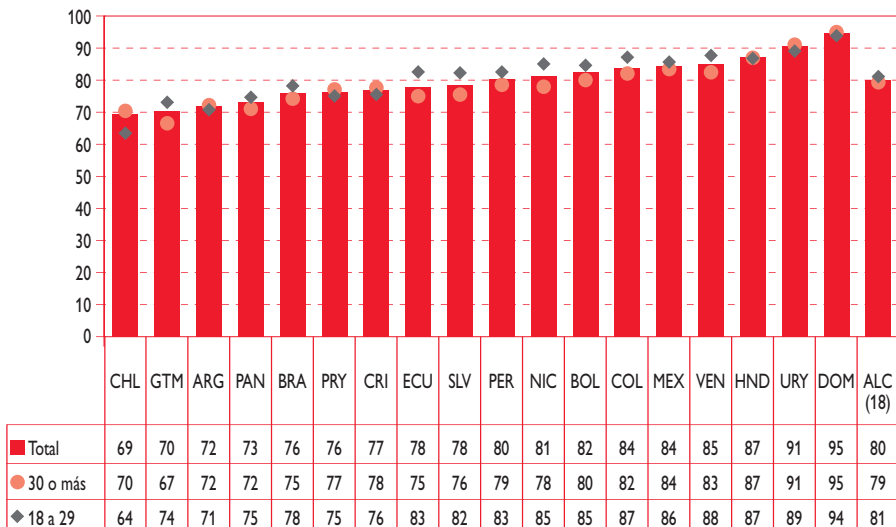
Una segunda fuente de identidad clásica es *la política*. “La política, en otra época, tenía básicamente dos significaciones: por un lado, era un importante camino de acceso a determinados bienes y niveles de vida, a través del Estado, y por otro, era el lugar donde se unía y se combinaba la subjetividad con la integración a un proyecto colectivo, donde la persona se identificaba con la

sociedad, con la idea de nación. La política permitía obtener beneficios... y daba sentido a la vida de las personas, individual y colectivamente” (Garretón, 1999, p. 22). En esa doble dimensión –instrumental y simbólica– donde “la subjetividad se combinaba con la integración a un proyecto colectivo” la política era un lugar privilegiado de construcción de identidad. Y en particular, las organizaciones políticas (los partidos) ocupaban ese lugar privilegiado en la conformación de las identidades políticas. Pertenecer a un partido era también una forma de pertenecer a la nación.

¿Qué ocurre con los jóvenes actualmente en relación a las identidades políticas que establecían el vínculo con un proyecto colectivo y la idea de nación? El Latinobarómetro incluye

Gráfico 3

Personas que se identifican políticamente, 2007 (%)



Fuente: CEPAL. Tabulaciones especiales Latinobarómetro 2007.



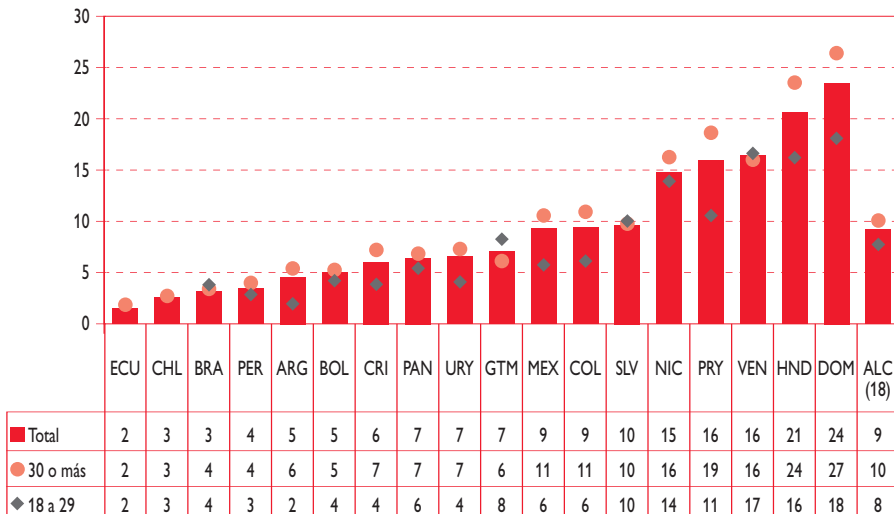
algunos indicadores al respecto. Uno de ellos es la escala de posicionamiento político a partir de la cual es posible conocer la proporción de personas que se identifican, y de aquellos que no se identifican, políticamente. En primer lugar, se observa (gráfico 3) que el promedio de jóvenes latinoamericanos que se identifica en algún lugar de la escala de posicionamiento político es del 81% como promedio para América Latina. El nivel de identificación política entre los jóvenes se mantiene alto en la actualidad y no hay diferencias significativas respecto de los adultos (79%).

La situación cambia al examinar la participación en partidos políticos de las personas que se ubicaron en la escala de posicionamiento político

(gráfico 4). En primer lugar, se puede apreciar que la participación en partidos políticos entre quienes se identifican políticamente es notablemente baja alcanzando sólo un 9% en promedio para América Latina. La participación en partidos políticos está bajo el 10% en trece países de la región, mientras que está sobre ese nivel solo en cinco países. La “distancia” entre los niveles de identificación y de participación política podría ser interpretada como falta de coherencia o de congruencia. En una línea diferente también podría ser interpretada como un rechazo a las jerarquías y las reglas impuestas por los partidos. O bien, podría ser leída en términos de escasez de legitimidad, que es la materia prima esencial para la construcción de la política.

Gráfico 4

Participación en partidos políticos de quienes se identifican políticamente, 2007 (%)



Fuente: CEPAL. Tabulaciones especiales Latinobarómetro 2007.

En seguida, se observa que *los jóvenes tienden a participar en partidos políticos en menor medida que los adultos*. La distancia en la participación política de jóvenes y adultos es significativa en República Dominicana, Honduras, Paraguay, Colombia, México, Uruguay, Costa Rica y Argentina. Por cierto, todavía hay países en que la edad no es un factor discriminante. Pero es claro que los partidos han dejado de ser una fuente principal de construcción de identidades políticas para las generaciones jóvenes.

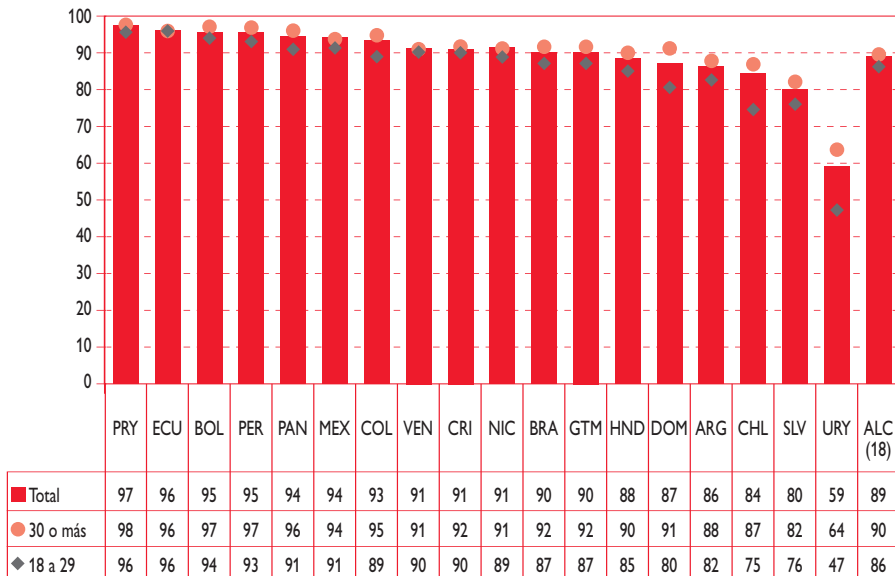
Lo anterior implica que los jóvenes tienen un distanciamiento respecto a la *institución*

clásica a través de la cual se establecía el vínculo con un proyecto colectivo y la idea de nación: el partido político. Este distanciamiento frente a la institución es una de las causas centrales del debilitamiento de las identidades políticas.

Una tercera fuente de identidad clásica es *la religión*. Si bien es anterior a la formación de los Estados nacionales y a los procesos modernizadores, la religión se ha mantenido en América Latina como una de las grandes instituciones que garantiza el lazo social y que provee un marco simbólico clave en la construcción de las identidades sociales. La religión institucional también genera sentido de pertenencia pues la

Gráfico 5

Personas que se identifican con alguna religión, por edad, 2007 (%)



Fuente: CEPAL. Tabulaciones especiales Latinobarómetro 2007.

identificación religiosa implica integración a una comunidad de valores y creencias, conocimiento de códigos y de culto, y participación en ritos de comunión.

¿Qué ocurre con los jóvenes actualmente en relación a la identidad religiosa? El Latino-barómetro incluye dos indicadores sobre este tema que son relevantes: uno sobre identificación religiosa y otro sobre práctica religiosa. En primer lugar, se observa (gráfico 5) que hay una alta proporción de jóvenes que se identifica con alguna religión<sup>5</sup>. El promedio para América Latina es del 86% que es levemente inferior a la población adulta (90%). Mayoritariamente, los jóvenes dicen identificarse con la religión católica (promedio del 68% para América Latina), seguida de lejos por la religión evangélica y protestante (18%) y “otras” religiones (2%). Lo relevante es que *en todos los países latinoamericanos los jóvenes se identifican con alguna religión en menor proporción que los adultos*. La distancia en los niveles de identificación religiosa de jóvenes y adultos es significativa en Uruguay —que es, sin duda el país más secularizado de la región—, Chile y Argentina. Esto significa que en estos países la generación joven ha dado un salto adelante en el proceso de secularización respecto a la generación adulta.

El segundo indicador muestra otro hecho igualmente relevante, a saber, que *sólo una proporción de los jóvenes que se identifican en términos religiosos se define como “practicante” o “muy practicante”* (gráfico 6)<sup>6</sup>. Así,

mientras el promedio de jóvenes latinoamericanos que se identifica en términos religiosos es del 86%, este se reduce a la mitad en términos de práctica religiosa. La proporción de jóvenes que cultiva prácticas religiosas es significativamente menor a la de los jóvenes que se identifican con alguna religión en todos los países de la región. Pero llega a niveles muy bajos en Argentina (19%), Uruguay (23%), Perú (33%) y Chile (34%). El indicador muestra también que los jóvenes son menos practicantes que los adultos.

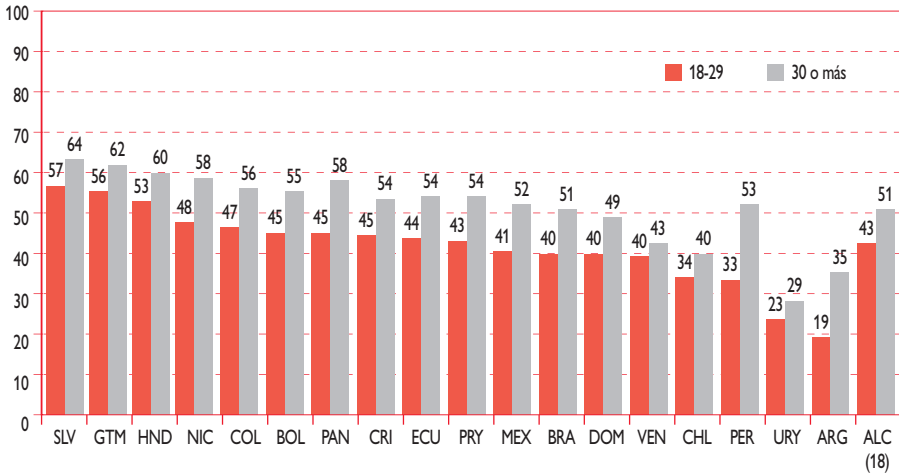
Lo anterior implica que hay un distanciamiento frente a la institución a través de la cual se produce el nexo con la religión. El distanciamiento se manifiesta en que la proporción de jóvenes que asiste con frecuencia a prácticas religiosas baja significativamente respecto al nivel de identificación.

En síntesis, puede inferirse que se ha producido un debilitamiento de los referentes identitarios a través de los cuales se ha elaborado históricamente el sentido de pertenencia —que las referencias comunes han dejado de ser estables— pero que estos no se han disuelto. Por cierto, estos procesos están afectando a otros grupos generacionales también, pero el hecho es que se manifiesta con más fuerza entre los jóvenes, es decir, los jóvenes van a la vanguardia del proceso. Estos procesos señalan un cambio en los modos de identificación hacia una pluralidad de identidades tanto en la dimensión local como en la dimensión global

Gráfico 6

América Latina (18 países)

Práctica de quienes se identifican con alguna religión (% “Muy Practicantes” y “Practicantes”)



Fuente: CEPAL. Tabulaciones especiales Latinobarómetro 2007.

Notas: Los datos se refieren sólo a aquellos que dicen identificarse con alguna religión.

de la pertenencia. Desde el punto de vista de la cohesión social, el desafío es mantener ciertos referentes comunes —que no signifiquen identificaciones totalizantes (homogenizadoras, verticales)— y que a la vez incentiven la diversidad cultural y la pluralidad de identidades.

### 3. El vigor de las expectativas futuras

¿Tiene el debilitamiento de las identidades clásicas algún impacto sobre las expectativas de futuro? Una hipótesis es que para quienes crecimos cuando los marcos simbólicos de referencia que daban forma a la sociedad eran

estables, el debilitamiento de las identidades clásicas introduce incertidumbre sobre el futuro precisamente porque estas eran certezas (o supuestos) sobre las que se construía el futuro. Sin embargo, para los jóvenes que crecieron cuando estos referentes comunes ya se habían vuelto inestables, el futuro no se ve desde el debilitamiento de estos referentes. Por lo tanto, este proceso no merma la confianza ni las expectativas de futuro.

El sentido de pertenencia está asociado a las expectativas de futuro. En efecto, este se verá afectado ya sea que la sociedad genere expectativas de movilidad social y las satisfaga, o bien las genere y luego las frustre, o simplemente no genere expectativas de un futuro

mejor, lo cual puede fomentar, entre otros procesos, la emigración en busca de mejores oportunidades. Por otro lado, las expectativas de futuro están mediadas por la percepción de la estructura social. Al respecto, es clave la percepción de si acaso existe igualdad de oportunidades para que los ciudadanos/as puedan surgir. La percepción de que no existe igualdad de oportunidades y, por tanto, de que independientemente del esfuerzo realizado no se podrá surgir, va a generar una visión negativa del futuro.

Para introducir el tema es necesario hacer una breve referencia a los conceptos de estructura de oportunidades, meritocracia y movilidad social. Según Filgueira, todo sistema de estratificación social o estructura social puede ser concebido como una estructura de oportunidades o, lo que es lo mismo, como una distribución de oportunidades para el acceso a posiciones sociales diferencialmente evaluadas (Filgueira, 2007, p. 84). En las sociedades tradicionales que se caracterizan por un alto grado de desigualdad la posición social se asigna por criterios adscriptivos. El proceso de modernización implica la transición a sociedades caracterizadas por el predominio de los “méritos” y los logros respecto de las posiciones laborales disponibles. Estas serían sociedades más igualitarias que han conseguido ampliar el acceso a los beneficios y a las oportunidades del desarrollo.

En la investigación actual sobre los procesos de movilidad social —y bajo el supuesto de

que las sociedades son inequitativas— la cuestión clave es determinar si existe o no meritocracia, es decir, si existen posibilidades de acceder a mejores posiciones sociales sobre la base del mérito, que tomen en consideración el esfuerzo y la educación a la hora de reclutar a los trabajadores (Méndez y Gayo, 2007, p. 152). Esta perspectiva es particularmente relevante en América Latina, donde el origen familiar y la pertenencia socioeconómica de las personas sigue siendo un factor determinante de las oportunidades sociales y económicas para progresar en el futuro. El hecho de que las oportunidades educacionales —y en consecuencia, las oportunidades para alcanzar empleos más estables y mejor remunerados— sean en gran parte heredadas es un elemento clave en la reproducción de las desigualdades

Es posible que sociedades desiguales pero basadas en el principio de la meritocracia sean percibidas como justas, pues dan posibilidades de acceder a mejores posiciones sobre la base del mérito (Méndez y Gayo, 2007, p. 123). El problema para la cohesión social se presenta en sociedades desiguales que no son meritocráticas pues ellas son percibidas como injustas. En el caso de América Latina, la discusión acerca de la meritocracia se asocia al crecimiento y consolidación de las clases medias. Filgueira y Geneletti (1984) señalaban que “las sociedades latinoamericanas se encaminaban a convertirse en sociedades de clase media, sociedades más igualitarias desde el punto de

vista de la distribución del ingreso”. Estudios posteriores cuestionaron estos argumentos, al reconocer que el crecimiento del trabajo no manual y la expansión del sistema educativo no entregaban mejores oportunidades. Este problema fue descrito como la devaluación educacional, en otras palabras, la incapacidad de nuestras sociedades y economías para absorber trabajadores con mayor educación y ofrecerles mejores condiciones salariales y laborales (Méndez y Gayo, 2007, p. 123).

A la luz de estos elementos, e independientemente de las características estructurales o las pautas de movilidad social en la región interesa preguntarse por las dimensiones subjetivas que este proceso tiene entre los jóvenes. ¿Cuáles son

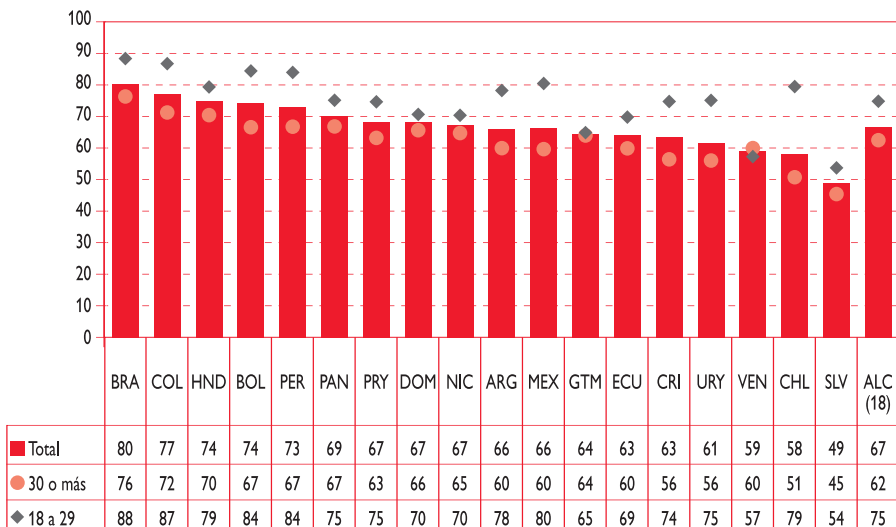
las percepciones que los jóvenes tienen de la estructura social? ¿Existe la percepción de que existen oportunidades para acceder a mejores posiciones sobre la base del mérito? ¿Tienen expectativas optimistas o pesimistas de futuro?

El tema es complejo y no es posible abordarlo de manera exhaustiva aquí. Como aproximación a la percepción de la estructura social y las expectativas de futuro de los jóvenes se consideran dos indicadores incluidos en el Latinobarómetro, a saber: la proporción de jóvenes que esperan mejores condiciones de vida en el futuro y las expectativas de movilidad social intergeneracional.

Un primer indicador sobre las expectativas de futuro es la proporción de personas que

Gráfico 7

Personas que esperan mejores condiciones de vida en el futuro (próx. 5 años), 2007 (%)



Fuente: CEPAL. Tabulaciones especiales Latinobarómetro 2007.

esperan mejores condiciones de vida en los próximos cinco años, lo que implica una proyección del sujeto en el *mediano plazo* y más allá del futuro inmediato. Se trata, sin duda, de una temática central para los jóvenes quienes tienen “mucho futuro por delante”. El indicador se construye a partir de las siguientes preguntas: “Imagínese una escala de diez peldaños, donde arriba están las mejores condiciones (10) y abajo las peores (1). ¿Dónde se ubica usted? Y, ¿dónde se ubica usted en los próximos cinco años?”. El valor final resulta de la resta entre la situación futura y la situación actual.

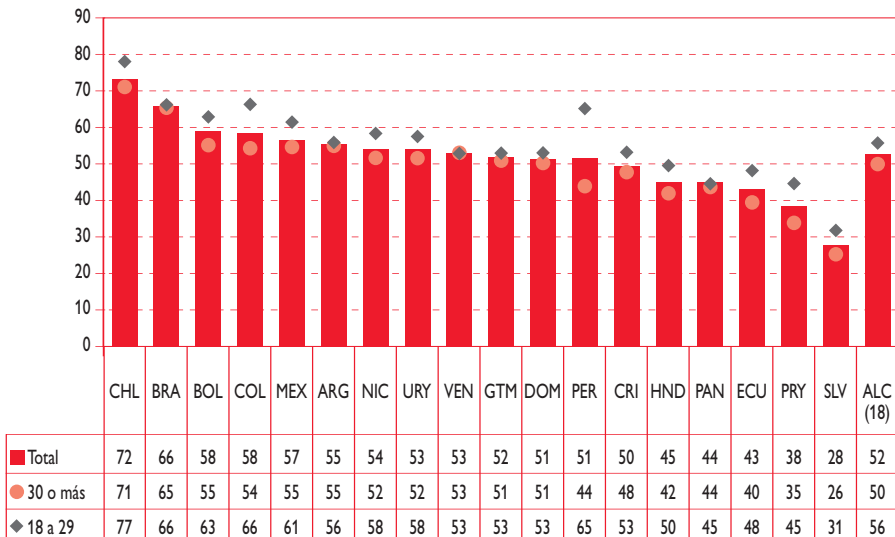
En primer lugar, se observa (gráfico 7) que una *gran proporción de jóvenes latinoameri-*

*canos tiene expectativas optimistas de su propio futuro en el mediano plazo.* El 75% de los jóvenes latinoamericanos espera tener mejores condiciones de vida en los próximos cinco años que las que tiene actualmente, es decir, tiene expectativas de movilidad social ascendente. La mayor proporción de jóvenes optimistas se encuentra en Brasil, Colombia, Bolivia, Perú, México, Argentina, Uruguay, Costa Rica y Chile. El país donde hay una menor proporción de jóvenes optimistas es El Salvador. La migración de jóvenes desde El Salvador puede ser vista como una forma de enfrentar el futuro ante la ausencia de oportunidades en el propio país.

Gráfico 8

América Latina (18 países)

Personas que esperan que los hijos vivan mejor en el futuro, según edad, 2007 (%)



Fuente: CEPAL. Tabulaciones especiales Latinobarómetro 2007.

Notas: a) Los datos se refieren a la pregunta: ¿cree que sus hijos vivirán mejor, igual o peor que como vive usted hoy? b) Se excluyen casos NS/NR.

En seguida, se puede apreciar que *una proporción mayor de jóvenes que de adultos tiene expectativas optimistas respecto al futuro de mediano plazo*. Un 75% de los jóvenes latinoamericanos es optimista comparado con un 62% de adultos. La brecha entre expectativas optimistas de jóvenes y adultos es muy significativa en Chile. Pero también es importante en Costa Rica, Uruguay, México, Argentina, Bolivia y Perú. Al respecto, cabe destacar que la categoría adultos acá utilizada (treinta años o más) es amplia, pues incluye desde adultos jóvenes hasta adultos mayores. Por lo tanto, coexisten en esta categoría visiones de futuro diferentes: para los adultos jóvenes queda “mucho futuro por delante” y, por tanto, pueden mejorar sus condiciones de vida mientras que las los adultos mayores el futuro es ahora y, por tanto, difícilmente las condiciones de vida pueden mejorar.

Además de las expectativas de futuro en el mediano plazo el Latinobarómetro tiene una pregunta sobre movilidad social intergeneracional que es una expectativa de futuro de *largo plazo*. Esta es, “¿cree que sus hijos/as vivirán mejor, igual o peor que como vive usted hoy?”. Se observa (gráfico 8) que una proporción significativa de jóvenes espera que sus hijo/as vivirán mejor que ellos en el futuro: el 56% de los jóvenes latinoamericanos es optimista en sus expectativas de movilidad social intergeneracional. Por cierto, esta proporción es menor que aquella que caracteriza a los jóvenes respecto a su propio futuro. En otras palabras, *hay una mayor*

*proporción de jóvenes que tiene expectativas optimistas sobre su propio futuro que sobre el futuro de sus hijos/as.*

Se puede apreciar, además, que *hay expectativas más optimistas de movilidad social intergeneracional entre los jóvenes que en los adultos*: el 56% de los jóvenes espera que sus hijos/as vivirá mejor que ellos en el futuro, comparado con el 50% de adultos. Esta mayor presencia de expectativas optimistas entre los jóvenes se da en casi todos los países de la región con las excepciones de Venezuela, Panamá, Argentina y Bolivia, donde las diferencias son mínimas. El hecho que no haya una mayor proporción de jóvenes que de adultos con expectativas optimistas en el largo plazo en Venezuela y Bolivia puede estar asociado a los procesos políticos que allí tienen lugar, que precisamente presentan una gran incertidumbre respecto al futuro. Por otro lado, en Argentina esta situación puede responder a la volatilidad del crecimiento económico en los años precedentes, lo que también genera un nivel importante de incertidumbre respecto al futuro.

Por último, se puede apreciar que *hay grandes diferencias entre países en lo que respecta a las expectativas de movilidad social intergeneracional*. El rango va desde un 72% de personas que tiene expectativas optimistas sobre el futuro de largo plazo en Chile hasta un 28% en El Salvador. En una visión de largo plazo, los procesos migratorios de El Salvador pueden representar estrategias familiares de supervivencia a



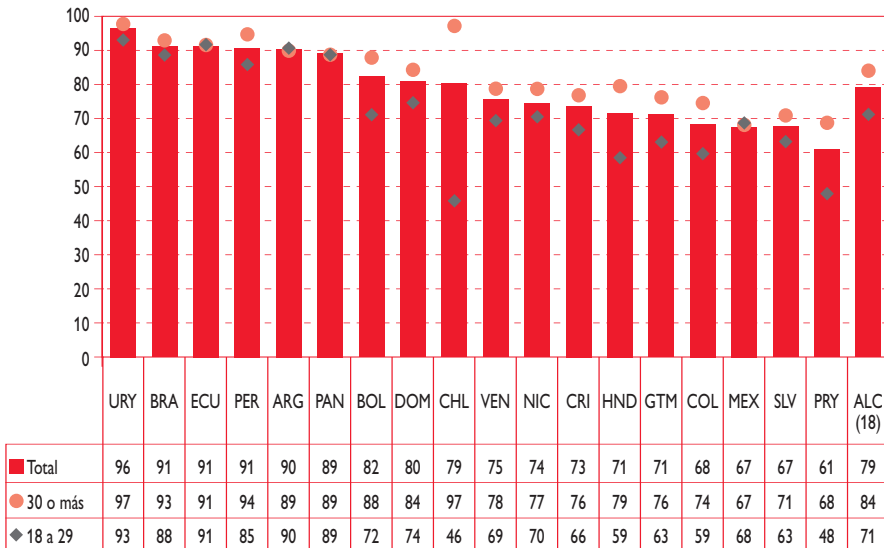
través de las remesas. Por otro lado, la confianza en el futuro en Chile puede estar asociada a un largo periodo de estabilidad económica y política. Pero se requeriría de un análisis más detallado sobre las relaciones entre los procesos psicosociales y las dinámicas políticas y económicas para plantear hipótesis más precisas sobre las diferencias en los países de la región.

De lo señalado anteriormente se sigue que *una gran proporción de jóvenes latinoamericanos* —a pesar de todas las dificultades que caracterizan su situación “objetiva” en la actua-

lidad— *tiene expectativas optimistas de movilidad social en el mediano y en el largo plazo* tanto en términos personales como familiares. Y, por cierto, la generación joven en América es más optimista que la generación adulta.

Una última consideración puede introducir una cierta disonancia o paradoja. Por un lado la juventud muestra mayor expectativa y confianza en el futuro, pero por otro lado, a la hora de ejercer el derecho político del voto, lo hace en menor medida que los adultos. Esto podría llevar a pensar que no hay una clara correlación

Gráfico 9  
Votantes en última elección presidencial (hasta julio de 2005) (%)



Fuente: CEPAL. Tabulaciones especiales Latinobarómetro 2005.

Nota: a) El indicador se calcula considerando la edad que tenían los encuestados al momento de la última elección presidencial. Así, a la edad declarada en la encuesta 2005 se le restan los años de diferencia con la última elección presidencial. b) Los años de elección considerados para cada país son: El Salvador, Panamá, República Dominicana y Uruguay (2004); Argentina, Guatemala y Paraguay (2003); Bolivia, Brasil, Colombia, Costa Rica y Ecuador (2002); Honduras, Nicaragua y Perú (2001); México y Venezuela (2000); Chile (1999). c) Para mejor comparación se ha tomado el tramo de 18-29 años, aún cuando en Brasil y Nicaragua el límite de edad para votar es de dieciséis años. d) La imputación de la edad que se hizo para el cálculo del indicador tiene como limitación una posible clasificación errónea de los encuestados en edades límite al momento de la elección (17-18 años; 29-30 años), pues no es posible considerar con exactitud el mes de cumpleaños. e) Se excluyen casos NS/NR.

entre las expectativas de futuro y la confianza en la política como campo de proyectos que inciden en el destino de la vida personal.

El gráfico 9 nos muestra, en este sentido, que *los jóvenes votan mucho menos que los adultos en las elecciones*. Hay una diferencia de trece puntos porcentuales en el promedio de jóvenes y adultos para América Latina. Un caso singular es Chile donde la proporción de adultos que votó en la última elección más que duplica a la proporción de jóvenes. También los jóvenes votan en mucha menor proporción que los adultos en Paraguay, Colombia, Guatemala, Honduras, Costa Rica, Nicaragua, Venezuela, República Dominicana, Bolivia y Perú.

En síntesis, tenemos algunas tendencias a destacar. Por un lado el debilitamiento de las identidades clásicas, que sugiere que si bien éstas no se han disuelto, han dejado de ser estables. Este proceso se manifiesta con más fuerza entre los jóvenes que en los adultos, lo que en principio señala —aunque sería tema de otro trabajo— un cambio en los modos de identificación hacia una pluralidad de identidades tanto en la dimensión local como en la dimensión global de la pertenencia. Por otro lado, el vigor de las expectativas de futuro indica, a pesar de todas las dificultades que caracterizan su situación “objetiva” en la actualidad, que una gran proporción de jóvenes latinoamericanos tiene expectativas optimistas de movilidad social en el mediano y el largo plazo.

Como se dijo, el debilitamiento de las identidades clásicas introduce incertidumbre sobre el futuro entre quienes crecimos cuando esas referencias comunes eran estables. Al parecer no es el caso de los jóvenes, quienes crecieron cuando esas categorías sobre las que se construía el futuro ya se habían vuelto inestables. Dicho de otro modo, ellos no ven el futuro desde la crisis de la categoría de nación o de las identidades políticas. La falta de confianza en la política —por lo menos en los procesos políticos convencionales— indica, además, que para los jóvenes las expectativas de futuro no están asociadas a la oferta de proyectos en el ámbito político.

## Referencias bibliográficas

- ANDERSON, Benedict (1993). *Comunidades Imaginadas*. México. Fondo de Cultura Económica.
- CEPAL (2007a). *Cohesión Social. Inclusión social y sentido de pertenencia en América Latina y el Caribe*. Santiago de Chile. CEPAL–Agencia de Cooperación Española– Secretaría General Ibero-Americana.
- CEPAL (2007b). *Un sistema de indicadores para el seguimiento de la Cohesión Social en América Latina*. Santiago de Chile. CEPAL-EuropeAid.
- COX, Cristián (2008). *Las reformas educativas y su impacto sobre la cohesión social en Latinoamérica*. Documento de Trabajo: “Proyecto Cohesión Social en América Latina: Bases para una Nueva Agenda Democrática”. Santiago-Sao Paulo. Cieplan-IFHC.
- FILGUEIRA, Carlos (2007). “Actualidad de las viejas temáticas: clase, estratificación y movilidad social en América Latina”. En Franco, R., León, A., y Atria, R. (coords.). *Estratificación y movilidad social en América Latina. Transformaciones estructurales de un cuarto de siglo*. Santiago de Chile. CEPAL-GTZ.
- FILGUEIRA, Carlos y GENELETTI, Juan Carlos (1984). “Estratificación y movilidad ocupacional en América Latina”. *Cuadernos de la CEPAL*, n° 39. Santiago de Chile.
- GARRETÓN, Manuel Antonio (1999). “Las sociedades latinoamericanas y las perspectivas de un espacio cultural. Una introducción al debate”. En Garretón, M. A. (coord.). *América Latina: un espacio cultural en un mundo globalizado*. Bogotá. Convenio Andrés Bello.
- IAIES, Gustavo y DELICH, Andrés (2007). *Sistemas educativos y cohesión social. La reconstrucción de “lo común” en los estados nacionales del siglo XXI*. Documento de Trabajo: Proyecto Nacsal. Santiago de Chile. Cieplan-IFHC.
- MÉNDEZ, María Luisa y GAYO, Modesto (2007). “El perfil de un debate: movilidad y meritocracia. Contribución al estudio de las sociedades latinoamericanas”. En Franco, R., León, A., y Atria, R. (coords.). *Estratificación y movilidad social en América Latina. Transformaciones estructurales de un cuarto de siglo*. Santiago de Chile. CEPAL-GTZ.
- O'DONNELL, Guillermo (2004). *Acerca del Estado en América Latina Contemporánea. Diez tesis para discusión* (Texto preparado para el proyecto: “La Democracia en América Latina”, PNUD). Indiana. Universidad de Notre Dame.
- QUEVEDO, Luis Alberto (2008). *Identidades, jóvenes y sociabilidad. Una vuelta sobre el lazo social en democracia*. Documento de Trabajo: Proyecto Cohesión Social en América Latina: Bases para una Nueva Agenda Democrática. Santiago-Sao Paulo. Cieplan-IFHC.

## Notas

- <sup>2</sup> Aquí la categoría jóvenes se refiere al tramo entre dieciocho a veintinueve años, por restricciones de la encuesta.
- <sup>2</sup> Todos los indicadores de identidad acá considerados suponen una voluntad de identificación, una opción consciente, que pasa por lo racional: “yo me identifico”.
- <sup>3</sup> Lamentablemente, la encuesta no entrega elementos que expliquen los factores que determinan las valoraciones de lo nacional en los distintos países.
- <sup>4</sup> Para una discusión del concepto, véase: Anderson, Benedict. *Comunidades Imaginadas*. Fondo de Cultura Económica.
- <sup>5</sup> Esto implica que la proporción de jóvenes que se declara atea (o laica) sigue siendo relativamente baja.
- <sup>6</sup> “Practicantes” son los sujetos que se definen como creyentes y que asisten con frecuencia a las prácticas religiosas.